

Segunda Parte

Filosofía

de ciudades imaginarias

Donde se inicia la sin par indagación sobre las ciudades imaginarias y se precisa qué se entiende por tales y, en un gesto pletórico de gracia e ingenio filosófico, se traen a la memoria algunas admirables reflexiones acaecidas en los capítulos previos, a fin de cavilar en torno a los modelos narrativos que ofrecen la ficción, la utopía y la historia, y proceder así, al término de tan excelente empresa, a esclarecer los pormenores y minucias filosóficas que dieron origen a la hipótesis que guía este opúsculo. Se finaliza con un epítome en donde se somete a juicio del amable lector, con espíritu resolutivo pero no sin discreción, un conciso canon de conclusiones que, si se adelantaran aquí, este epígrafe sería tan largo como el correspondiente parágrafo, lo cual va contra la tradición.



“... los sueños constituyen el más antiguo y no menos complejo de los géneros literarios.”

Jorge Luis Borges, *Libro de sueños*.

El atlas del Gran Jan contiene también los mapas de las tierras prometidas visitadas con el pensamiento pero todavía no descubiertas o fundadas: la Nueva Atlántida, Utopía, la Ciudad del Sol, Océana, Tamoé, Armonía, New-Lanark, Icaria.

Pregunta Kublai a Marco: -Tú que exploras a tu alrededor y ves los signos, sabrás decirme hacia cuál de esos futuros nos impulsan los vientos propicios.

-Para llegar a esos puertos no sabría trazar la ruta en la carta ni fijar la fecha de arribo. A veces me basta una vista en escorzo que se abre justo en medio de un paisaje incongruente, unas luces que afloran en la niebla, el diálogo de dos transeúntes que se encuentran en pleno trajín, para pensar que a partir de ahí juntaré pedazo por pedazo la ciudad perfecta, hecha de fragmentos mezclados con el resto, de instantes separados por intervalos, de señales que uno envía y no sabe quién las recibe. Si te digo que la ciudad a la cual tiende mi viaje es discontinua en el espacio y en el tiempo, a veces rala, a veces densa, no creas que haya que dejar de buscarla. Quizás

mientras nosotros hablamos está asomando, esparcida dentro de los confines de tu imperio; puedo rastrearla, pero de la manera que te he dicho.

El Gran Jan ya estaba hojeando en su atlas los mapas de las ciudades amenazadoras de las pesadillas y las maldiciones: Enoch, Babilonia, Yahóo, Batúa, Brave New World.

Dice: -Todo es inútil si el último fondeadero no puede sino ser la ciudad infernal, y donde, allí en el fondo, en una espiral cada vez más cerrada, nos sorbe la corriente.

Y Polo: -El infierno de los vivos no es algo por venir; hay uno, el que ya existe aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Hay dos maneras de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de dejar de verlo. La segunda es riesgosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacer que dure, y dejarle espacio.

Ítalo Calvino, *Las Ciudades invisibles*



Mapa imaginario de Utopía, edición de Basilea, marzo de 1518. Grabados de Ambrosius y Hans Holbein

En la primera aproximación definí a las *ciudades imaginarias* (Introducción, iv) como *construcciones discursivas* que, en tanto tales, crean un *ámbito narrativo* susceptible de ser estudiado filosóficamente. Se trata de un vasto conjunto de *discursos* sobre ciudades que se narran, al menos, en tres géneros de escritura: la literatura, la utopía y la historia; y, en consecuencia, describen *ciudades literarias*, tanto *ilusorias* como *realistas*, *ciudades utópicas* y *ciudades historiadas*. El amable lector podrá objetar que agrupo bajo una misma denominación un conjunto de constructos discursivos usualmente asumido como heteróclito. En efecto, la tradición acepta como *imaginarias* las ciudades que son narradas por la literatura y la utopía, pero no así las que son relatadas por la historia e incluso, aunque con menos vehemencia, por la novela realista. Sin embargo, caracterizarlas a todas de *ciudades imaginarias* parte de la convicción filosófica que está a la base de esta indagación, y que en los capítulos precedentes he intentado fundamentar teóricamente: toda narración sea de tipo fantástica, utópica o histórica, encuentra su origen intelectual-discursivo en un conjunto de recursos imaginarios —que Castoriadis denomina magma de significaciones imaginarias primordiales—, el cual trama *poéticamente* tal narración, en su condición de constructo discursivo producido histórica y socialmente. De ahí el carácter comprensivo y efectualizador del término: tan *imaginaria* es una ciudad producto de la *fabulación* o del realismo del literato, o bien del *devaneo* desiderativo, prospectivo y político del *utopista*, como *imaginaria* es la que describe el *historiador* y el *cronista*, quien busca testimoniar una realidad datable en el tiempo y ubicable en el espacio histórico-social.

Mi propuesta, tal y como lo he mencionado en varias ocasiones, está orientada a una *revalorización* de la imaginación y del imaginario en el plano epistemológico, discursivo e histórico

social —tarea de la que me ocupé en los capítulos anteriores— y, a la vez, lidia con la intención de confrontar un presupuesto filosófico que subyace a cierta corriente de las ciencias sociales —y que considero que no ha sido adecuada y suficientemente discutido—. Me refiero al *fetichismo de realidad* que, tal y como veíamos, consiste en una postura que tiende a reducir *subjetividad* a *subjetivismo*, asumiendo una ontología que privilegia ingenuamente el momento fáctico en detrimento del momento subjetivo y, en particular, que desestima la tensión dinámica y recursiva que se suscita entre sujeto y objeto en todo acto de conocimiento y transformación fáctica y social. Así, al igual que Maquiavelo cuando proclama en *El Príncipe* “buscar la verdadera realidad de las cosas” en lugar de “la simple imaginación de las mismas”, la susodicha corriente es proclive a restarle valor ontológico, epistemológico y político a los discursos que versan sobre aquellas “repúblicas y principados que nunca se han visto ni sabido que *existieran realmente*”, es decir, a la discursividad propia de la literatura y la utopía, asumiendo tácitamente que el discurso de la historia o la sociología, puesto que trata de ciudades y sociedades que han existido realmente, carece de una trama imaginaria. Para el *fetichismo de realidad*, imaginación significa exclusivamente fantasía o fábula, ficción o engaño, con lo cual —y aunque estas palabras tengan lazos etimológicos o semánticos—, demuestra un desconocimiento de la complejidad y riqueza que aporta una discusión teórica en torno a la filosofía de la imaginación y del imaginario social. Por el contrario, en la indagación que he llevado a cabo, la imaginación experimenta una revaloración que va desde una condición ontológicamente inferior hasta su plena legitimación como urdimbre esencial de la *psyche*, articulación dinámica y efectiva de la noesis y del imaginario social instituyente, cohesión fundamental entre la subjetividad individual y la subjetividad social, entre lo individual monádico y

lo real social e histórico, es decir, tensión esencial de sujeto y objeto en el proceso epistemológico y en la configuración del estatuto ontológico.

En esta segunda parte, procederé al estudio de las matrices discursivas de las ciudades imaginarias. Contemplaré, en consecuencia, cómo se enuncian en el discurso literario, en el utópico y en el histórico. Como podrá sospechar el acucioso lector, el estudio de tales ciudades requiere de un acercamiento teórico a algunos problemas específicos que enfrentan esos géneros narrativos. El cometido será, entonces, la aplicación de los desarrollos teóricos anteriores, así como la propuesta de nuevos instrumentos que permitan un análisis efectivo del objeto de estudio.

Iniciaré con un prontuario dedicado a establecer un *corpus* categorial que considero fundamental para comprender la constitución narrativa básica de una ciudad imaginaria y, en consecuencia, comprobar la homologación de esas construcciones discursivas en los géneros narrativos mencionados. Adelantaré, sin embargo, que la argumentación en torno a la homología imaginaria de las *imagópolis*, si bien es el aspecto central que se propone demostrar este estudio, no pretende la oclusión de sus diferencias. Se podría decir, sencillamente, que la diferencia es de otro tipo y no la que tradicionalmente se les ha asignado. A lo largo de los capítulos que siguen intentaré precisar sus detalles.